

Comenzaba un día como cualquier otro en el desierto. La mañana apenas pintaba las colinas de rosa cuando todos los animales que duermen de noche y andan de aquí para allá durante el día ya estaban en sus asuntos. La mayoría buscaba comida; sin embargo, algunos cavaban sus madrigueras, otros hacían sus nidos y había unos más que se estiraban al calor de los primeros rayos del sol, pues, aunque los días en el desierto suelen ser muy calurosos, las noches son tan frías que a los pájaros carpinteros se les congela el pico. De pronto, el cardenal llegó volando y se posó en la punta de un gran cacto.

—¡Vienen muchos hacia acá! ¡Tik! —gritó con su voz chillona.

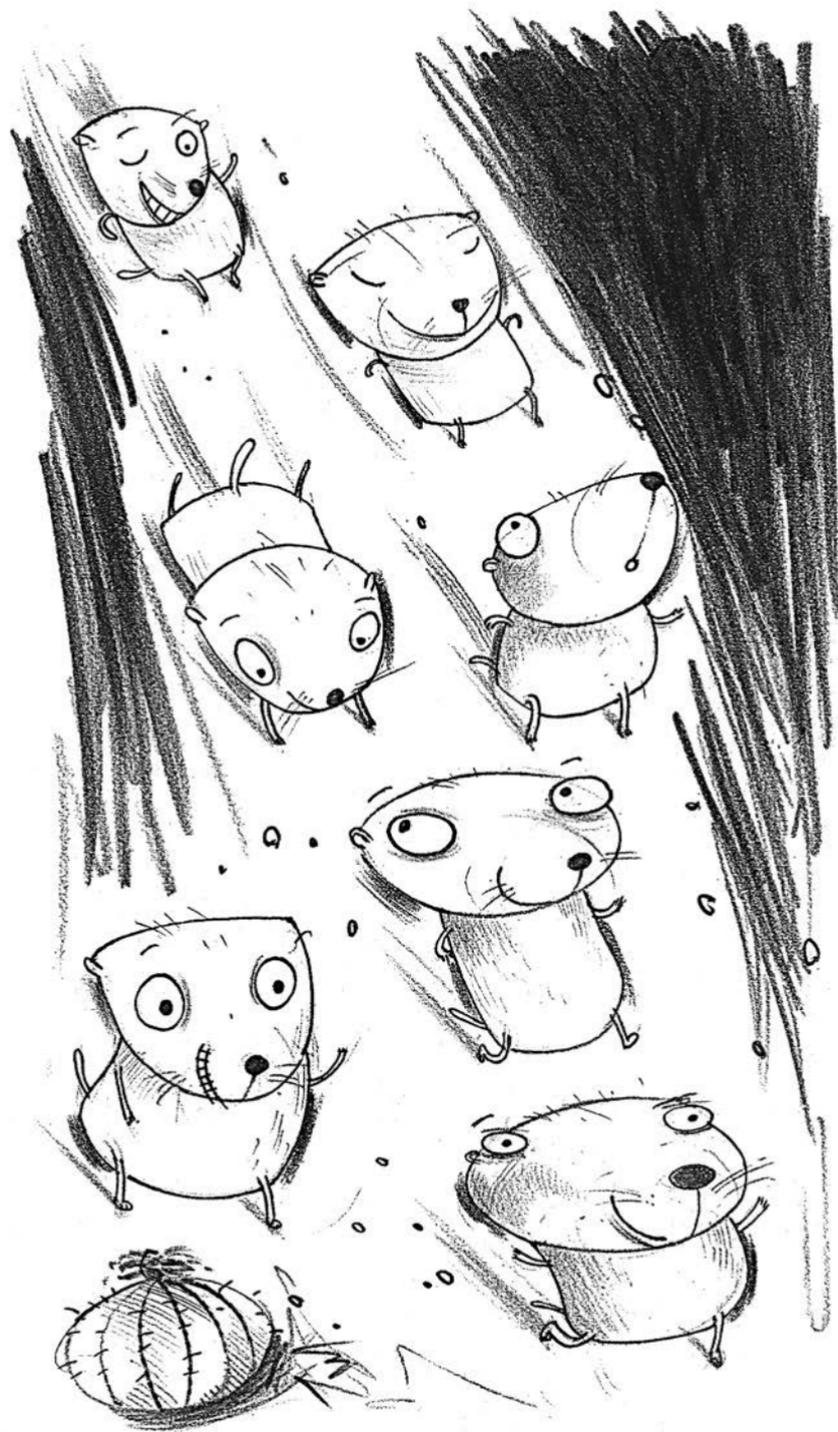
—¡Tschh! —exclamó la rata canguro—.
¿Quién viene?

—¡Son muchos! ¡Cientos! ¡Cientos! ¡Chiipi!
—chilló otra vez el cardenal.

—¿Cientos de qué? —preguntó la tuza.

—¡Cientos de perritos! ¡Miles! ¡Miles! ¡Shi-
juiiiit! —gritó el cardenal, mientras se iba vo-
lando—. ¡Están cerca!

Un gran silencio cayó sobre los animales, que se miraban unos a otros. Las familias de perritos de las praderas son gigantes. Por más hermanas, primos, tías, abuelos, tías abuelas, cuñados, primas segundas o primos quintos que se tengan, no hay familias tan grandes como las de los perritos de las praderas. Pronto la extensa fila de perritos quedó a la vista. Los animales que estaban despiertos se miraban inquietos y hasta los que estaban dormidos levantaron un bigote o medio abrieron un ojo para ver qué estaba pasando. El puma, que dormía muy feliz en su cueva, movió una oreja y levantó tres pestañas.



—¡Perritos! ¡Jauuuunn! —bostezó, al tiempo que se volteaba para el otro lado—. ¡Tan sabrosos que son los perritos!

—Los perritos son buenos vecinos —dijo la tortuga—. Todo el día cavan y hacen muchos túneles. Luego se mudan y dejan madrigueras para los que no cavamos tan rápido.

—¡Son buenos amigos! ¡Tschh! —dijo la rata canguro brincando—. ¡Avisan a todos cuando viene el halcón!

Después de un rato, los primeros perritos fueron llegando. Como son muy amistosos, llegaron con muchas risas, saludando a todo el mundo y después de buscar una colina de buen tamaño, comenzaron a cavar sus túneles. Ni siquiera esperaron a que llegaran los parientes que venían atrás. De pronto un perrito salió corriendo muy asustado, pues estaba cavando en la mismísima casa de una víbora de cascabel que, por supuesto, estaba muy molesta.

—¡Sssss! ¡Ésta es mi cassssa! ¡Sssss! ¡Sss! —siseaba la víbora, muy panzona.

—¡Disculpe señora, no la vi! —dijo el perrito muy apenado.

—¡Sssss! ¡Pues fíjate! ¿O quieressss ser mi próximo desssayuno? —dijo la víbora de mal humor mientras se metía otra vez en su agujero.

—¡No le hagas caso! —intervino la rata canguro—. Ésa siempre está de malas. Y ahorita tiene sueño porque está haciendo la digestión de una ardilla que se comió ayer, entonces duerme todo el tiempo y se pone ¡uffff! ¡íiiiiic!

Los perritos siguieron cavando sus túneles mientras el resto de la familia seguía llegando en pequeños grupos. A los animales les pareció de muy mala educación quedarse ahí mirando como si los perritos fueran un circo, así que siguieron con sus asuntos, aunque, como dicen, con un ojo al gato y otro al garabato. Después de un buen rato llegó la última familia.

—¡Buenos días! ¡Chik! —decía con voz muy fuerte una perrita gorda, a la que seguían un montón de perritos chicos—. ¿Cómo están? ¿Cómo están? ¡Chí!



Los animales del desierto son muy amables y casi siempre le hacen plática al primero que se les pone enfrente, así que luego luego se pusieron a platicar con la señora perrita. En poco tiempo era un parloteo de tuzas, ratas canguro, avispas y pecaríes con los perritos. Hasta un escorpión y un borrego cimarrón se acercaron tímidamente. En eso llegaron los últimos perritos de la caravana, que venían jalando una gran penca de maguey donde dormía a pata suelta el perrito más pequeño de todos.

Cuando vieron llegar al perrito dormido, se hizo un silencio de lago congelado y todos lo observaron. En el desierto la ley es muy clara: los que duermen de noche, de día están despiertos; y los que duermen de día, pasan la noche danzando. Y los perritos tienen que estar despiertos en el día; ¿qué hacía ese perrito dormido? Ahí había algo muy extraño.

Cuando su mamá vio que todos lo miraban como si fuera un bicho raro, se puso muy nerviosa.